

Diferencias

Maria Rosa Fernandez



Capítulo 1

Gaspar estaba trabajando en la computadora. Sobre la mesa, en el suelo, en el monitor, por todos lados había unos papelitos brillantes de un escandaloso color turquesa, se había aficionado tanto a esa golosina que no podía dejar de consumirla, por donde iba dejaba una estela de esos inconfundibles envoltorios.

Se desperezó y se refregó los ojos, sintió crujir su estómago y recordó que no había desayunado. Un rato más tarde entró Román y se acercó a su hermano.

-¿Seguís comiendo esas porquerías? -le dijo -no sé cómo te pueden gustar, dice Cecilia que vayas a desayunar.

-En un ratito respondió -término ésta y voy.

-Dale, sinó te va a venir a buscar, sabes que no le gusta que la dejen con la mesa servida. Su hermano apartó la vista del trabajo y con una sonrisa contestó.

-Habiendo tantos lugares para ir tuve que caer en tu casa para que tu mujer me dé órdenes, ¿porque no cambiamos de camisa y te haces pasar por mí?

-Como si fuera tan fácil respondió -Román con una carcajada

-Es la única persona a la que nunca pudimos engañar, hasta papá y mamá llegaron a confundirnos y a ella le basta una mirada para saber quién es quién.

-Es verdad ya lo intentamos, bueno terminé, vamos así mi cuñadita no se enoja. Se dirigieron al comedor y al pasar frente a un espejo se hicieron una mueca como cuando eran pequeños.

El parecido era asombroso, no había nada en sus rostros que pudiera diferenciarlos, la mirada y la sonrisa eran idénticas, las voces y la forma de hablar, era increíble que Cecilia pudiera reconocerlos con tanta facilidad, le habían hecho trampas pero nunca lograban confundirla, con una mirada sabía cuál era su marido y cual su cuñado.

Hacía tres años que se habían casado y Román amaba profundamente a su esposa.

Hasta en eso se parecían; también Gaspar estaba enamorado de ella.

El la había conocido antes y lo había deslumbrado, era una chica dulce y sencilla pero dejaba entrever un carácter fuerte y apasionado, lo cierto fue que quedó prendado desde el primer momento. Tenía mucho éxito con las mujeres por eso lo desconcertó su negativa cuando la invitó a salir, insistió pero nunca recibió la respuesta esperada, sin embargo su sentimiento seguía creciendo.

Tanto le habló a su hermano de ella que instaló en él la curiosidad y el deseo de conocerla.

Una noche fueron al club donde se reunían esperando sorprenderla como pasaba siempre que los veían juntos, pero el único sorprendido fue Gaspar ya que fue obvia la corriente que se generó cuando los presentó.

Comenzaron una conversación que se prolongó por el resto de la noche.

Cuando regresaban Román comentó.

-Ya veo por qué te gusta tanto, es hermosa pero su magia va más allá de su aspecto, y vos ¿por donde andabas que no te vi para nada?

-Cómo ibas a verme, Tenés solo dos ojos y los tuviste puestos en ella todo el tiempo.

Tenés razón, perdóname, la chica es tuya, no voy a volver a verla.

-No ella no quiere saber nada conmigo pero a vos te miro de otra forma, si querés intentarlo hazlo, olvidate de mí.

-No, habiendo tantas mujeres no voy a salir con una que te gusta a vos.

- ¡Epa que seguridad! que sabes si aceptaría una invitación.

En realidad tartamudeó Román -ya lo averigüé, quedamos en vernos mañana... pero no voy a ir...

-Dejate de pa vadas -interrumpió su hermano -te dió bola a vos y punto.

Ya era muy tarde y los gemelos llegaron a su casa en silencio, Gaspar fue directamente a su cuarto mientras Román se quedaba en la cocina y encendía un cigarrillo con manos inseguras.

A la mañana desayunaron de prisa y salieron a sus ocupaciones, al despedirse Román dijo.

-A la tarde nos vemos.

-A la tarde tenés una cita

-fue la rápida respuesta.

-Pero antes quiero que hablemos.

-No tenemos nada que hablar, las cosas son como son, te eligió a vos, no me voy a enojar por eso, sos mi hermano, además a mí en unos días se me pasa ya me conoces, no te hagas problema porque está todo bien.

Román dudaba, le preocupaban los sentimientos de su hermano pero a los pocos días el joven empezó a salir con una hermosa pelirroja y eso le dio luz verde para comenzar una relación sin remordimientos. A los pocos meses él Cecilia se convertían formalmente en novios.

Mientras la vida de Román se afianzaba junto a su pareja la de Gaspar se convertía en un torbellino de romances, la pelirroja fue destituida por una morocha y a ésta le siguió una simpática brasileña, y la lista seguía.

A pesar de tomar rumbos diferentes los hermanos estaban tan unidos como siempre.

Gaspar insistía en demostrar que no quedaba nada de la atracción que sintiera por Cecilia pero sabía que eso no era real su amor seguía latente como el primer día, intentaba deshacerse de ese sentimiento pero estaba demasiado arraigado en su corazón.

Cuando la pareja decidió casarse pensó que no podría soportarlo, toleró estoicamente la ceremonia, la fiesta y la felicidad de los novios, pero cuando partieron de luna de miel hizo los arreglos necesarios para trasladarse a Canadá.

Estando lejos intentó olvidar esa jugarreta del que había hecho que la única mujer que le importaba fuera feliz en los brazos nada menos que de su hermano, su otro yo como solían decir sus amigos.

Recordaba cuando trataban de confundirla y a él lo mantenía en vilo la ilusión de recibir un beso robado con aparente inocencia, pero la joven siempre reconocía a los gemelos.

Añoraba esa época en que él y su hermano eran inseparables, antes de que Román, sin quererlo, le causara esa herida que permanecía en

carne viva.

¿Sin querer?, ¿había sido realmente inocente su actitud cuando conoció a Cecilia?

Esa pregunta le desgarraba el alma, ¿podría su hermano haberle evitado tanto dolor?

Inmerso en ese mar de dudas y de sufrimiento transcurría su vida en ese exilio que él mismo se había impuesto.

Cuando tuvo que viajar a Buenos Aires le fue imposible eludir la invitación de su hermano que prácticamente le exigió que se quedara en su casa, temió que negarse lo pusiera en evidencia y aceptó sabiendo lo difícil que sería esa convivencia.

Al llegar lo recibieron con tanto afecto que por un momento pensó que todo estaría bien pero con el correr de los días comprobó que no era así. Le causaba un enorme dolor ser testigo del amor de la pareja, verlos mimarse y contemplar el abultado vientre de ella sintiendo que era injusto tener que compartirlo desde afuera.

-¡Mirá si son dos! -bromeaba Román -se repetiría la historia.

Él se reía pero para sí rogaba.

-Por Dios que no sea así, hay historias que no deben repetirse.

Ese día Cecilia había preparado un abundante desayuno, cuando se sentaron a la mesa los miró entre sorprendida divertida.

-Será porque hace mucho que no los veía juntos pero están más idénticos que nunca -dijo y agregó entre risas- ya los confundí varias veces, voy a tener que andar con cuidado.

Ellos también rieron mientras Gaspar sentía que se le hacía cada vez más difícil estar cerca de ellos.

Después de desayunar cada uno se dedicó a sus obligaciones y los hermanos quedaron en encontrarse a la tarde para tomar algo.

Cerca de la medianoche les llamó la atención que Gaspar no hubiera regresado.

-Vos lo viste a la tarde? -preguntó Cecilia.

-Sí, pero nos separamos a eso de las siete, me dijo que tenía algo que hacer.

-Bueno, conociendo a tu hermano no es muy difícil averiguar en qué anda.

-Seguro, vamos a dormir.

A la madrugada los sobresaltó el sonido del teléfono.

Atendió Cecilia que hizo unas preguntas con voz temblorosa y cuando cortó se cubrió la cara con las manos y rompió en un llanto incontenible.

-Está muerto -balbuceó -mataron a Gaspar...

El gemelo saltó de la cama, el estado de conmoción de Cecilia lo alarmó, la calmó hasta que pudo explicarle el motivo del llamado. Habían encontrado el cuerpo de su hermano, al parecer se trataba de un robo, le pedían que fuera a reconocer el cuerpo. Estuvo un largo rato sentado con la vista fija en la pared como dándose ánimo para la difícil tarea.

Se encargó de todo, la morgue, la policía, el velatorio y por fin la despedida. Agradeció que ya no estuvieran sus padres para pasar por todo eso.

Cuando regresó a su casa se miró al espejo. Ya era único. Ya no tendría alguien en quien reflejarse, ya no habría otro con sus rasgos, sus gestos, su voz, estaba solo, ya no tenía a su gemelo.

Las primeras horas fueron interminables.

-Ojalá se hubiera quedado en Canadá -decía Cecilia -no puedo creer que haya pasado esto...

-Por lo menos estuvo con nosotros hasta último momento -decía él - estuvimos juntos como antes, cuando éramos inseparables.

La tensión y el cansancio terminaron por vencerlos y se quedaron dormidos.

A la mañana cuando Cecilia lo despertó la miró a los ojos y la besó con ternura.

-Tenemos que tratar de olvidar -le dijo - es la única forma de seguir adelante, tengo que salir a terminar unos trámites, vuelvo al mediodía, vas a estar bien?

-Si, andá tranquilo. Él se vistió y salió. Mientras subía al auto repetía.

-Hay que olvidar, hay que tratar de olvidar.

Puso el motor en marcha y se llevó un caramelo a la boca, abrió la ventanilla y con un gesto distraído arrojó el brillante envoltorio turquesa.